



AIBR

Revista de Antropología
Iberoamericana

www.aibr.org

Volumen 13

Número 3

Septiembre - Diciembre 2018

Pp. 355 - 379

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.

ISSN: 1695-9752

E-ISSN: 1578-9705

El desafío municipal *mapuche*. Etnografía de una experiencia política: Tírúa 1992-2008

Claudio Espinoza Araya

Universidad Academia de Humanismo Cristiano e Investigador Asociado,
Centro de Estudios Interculturales e Indígenas-CIIR.¹

Recibido: 28.02.2018

Aceptado: 19.06.2018

DOI: 10.11156/aibr.130304

RESUMEN

Mayormente marginados de la representación política electoral en Chile, los *mapuche* han intentado históricamente alcanzar dicha representación. En las últimas décadas este escenario de marginalidad electoral ha ido cambiando, fundamentalmente en el nivel municipal, donde se ha observado la emergencia de nuevos liderazgos indígenas que han apuntado hacia el control de los gobiernos locales. A partir de una investigación etnográfica que estudió el caso paradigmático de esta situación en Chile, este artículo pretende describir y analizar la génesis y evolución del gobierno de un alcalde *mapuche*, enfatizando en su base ideológica, así como en su implementación. Se propone comprender esta experiencia como fruto de un movimiento etnopolítico que llevó a cabo una etnización del escenario político local, permitiendo con ello una apropiación del poder local para reutilizarlo en función de demandas y reivindicaciones indígenas. Esta experiencia, además, representa una de las vías políticas del movimiento *mapuche* contemporáneo.

PALABRAS CLAVE

Movimiento etnopolítico, gobierno local, *mapuche*, etnización, etnografía.

**THE MAPUCHE MUNICIPAL CHALLENGE. ETHNOGRAPHY OF A POLITICAL EXPERIENCE:
TIRÚA 1992-2008**

ABSTRACT

Mostly marginalized from electoral political representation in Chile, the Mapuche have historically attempted to achieve such representation. In the last decades, this scenario of electoral marginality has been changing, mainly at a municipal level, where we observe the emergence of new indigenous leaders that have pointed towards the control of local governments. Based on an ethnographic research that studied the paradigmatic case of this situation in Chile, this article aims to describe and analyze the genesis and evolution of the government of a Mapuche mayor, emphasizing on its ideological basis as well as its implementation. For this, it is proposed to understand this experience as the result of an ethno-political movement that carried out an ethnicization of the local political scene, allowing an appropriation of local power to reuse it in function of indigenous demands and claims. This experience, moreover, represents one of the political paths of the contemporary Mapuche movement.

KEY WORDS

Ethnopolitical movement, local government, Mapuche, ethnicization, ethnography.

Agradecimientos

Agradezco a dirigentes y habitantes de Tirúa por abrirme sus puertas. Personalizo en Adolfo Millabur, José Linco, Iván Carilao, Evangelina Faundez, Bernardo Lepuman, Damasio Liempi, María Quintrileo, Coco Yevilao, y dedico este artículo especialmente a Herminio Lincopi, dirigente *mapuche* muerto en trágicas circunstancias.

Introducción

En sintonía con una serie de procesos que desde mediados de la década de 1980 incidieron en los países latinoamericanos, en Chile logró asentarse un escenario apto para la generación de liderazgos indígenas, entre cuyos objetivos destacaba el control de los gobiernos locales. Dinámicas tales como la emergencia indígena (Bengoa, 2000), la revaloración de lo local como lugar de identidad (Aguilar y Bueno, 2003), versiones latinoamericanas del multiculturalismo (Agudelo y Recondo, 2007), la denominada *doble transición* y los procesos de descentralización asociados (Assies, 2003), así como la creciente importancia que fueron adquiriendo los gobiernos locales (Dehouve, 2001), sirvieron para que numerosos colectivos indígenas se volcaran hacia la arena electoral (Iturralde, 1998), tratando de acceder a los gobiernos de sus comunas o municipios.

A lo largo del continente se fue constituyendo un conjunto de movimientos etnopolíticos (Bartolomé, 1997) que intentaron *etnizar* el espacio político municipal (Burguete, 2008), es decir, movimientos indígenas que, a través de procesos de reinención y reafirmación de la identidad étnica, ejercieron acciones para visibilizarse como indígenas y reclamar derechos o establecer políticas en función de dicho reconocimiento (Hoffmann y Rodríguez, 2007; Restrepo, 2001). Se trató de proyectos políticos que no se conformaron solo con ocupar espacios de gobierno o representación, sino que también buscaron disputar los espacios de poder y resignificarlos como propios (Burguete, 2008), intentando trascender el simple cambio formal en la distribución del poder político municipal para lograr que los gobiernos locales en manos indígenas tuvieran un sello propio (Ospina, 2006).

Líderes y organizaciones *mapuche* no estuvieron al margen de tales procesos. Si ya desde mediados del siglo XX se observa una base política *mapuche* que buscó un posicionamiento en los gobiernos locales², con el

2. Una investigación en curso nos permite afirmar que, entre 1941 y 1971, hubo por lo menos 93 regidores *mapuche* en comunas pertenecientes a las regiones VIII, IX y X, consideradas parte del territorio histórico *mapuche*.

inicio de la transición democrática, a comienzos de la década de 1990, se observó una nueva orientación que vio en los gobiernos locales un eje estratégico de la acción política (Mariman, 1990). Algunas organizaciones indígenas vislumbraron la posibilidad de capturar esa cuota de poder y utilizarla para potenciar sus demandas y reivindicaciones (Foerster y Vergara, 2001).

Desde 1992 en adelante se aprecia en la estadística electoral una creciente transformación en la distribución del poder político municipal, en la que destaca una gradual presencia de candidatos *mapuche* como alcaldes y/o concejales (Tablas 1 y 2).

Alcaldes electos						
	1992	1996	2000	2004	2008	2012
Total	340	341	341	345	345	345
Mapuche	4	4	10	11	9	13

TABLA 1. Alcaldes en Chile 1992-2012. Elaboración propia. Fuente: Conadi (2017) y Servel (2017).

Concejales electos						
	1992	1996	2000	2004	2008	2012
Total	2.035	1.789	1.783	2.144	2.146	2.224
Mapuche	48	60	55	84	97	109

Tabla 2. Concejales en Chile 1992-2012. Elaboración propia. Fuente: Conadi (2017) y Servel (2017).

Existen matices y diferencias entre alcaldes y concejales *mapuche*. No todos responden a movimientos etnopolíticos; de hecho, algunos ni siquiera incorporan planteamientos de tipo étnico en sus respectivos despliegues políticos. Sin embargo, muchos sí lo hacen y, además, en el caso de los alcaldes, la mayoría reconoce como modelo de alcaldía en manos indígenas al gobierno de Adolfo Millabur, alcalde de Tirúa³, quien desde 1992

3. Tirúa es una comuna creada administrativamente en 1972. Ubicada al sur de la VIII región del Bío Bío (ver Imagen 1), posee una población de aproximadamente 10.000 habitantes, divididos en 47% *mapuche* y 53% no indígenas (censo de 2002). Por otro lado, hay que señalar que, en términos geopolíticos, el nivel mínimo de la división administrativa chilena lo constituye la comuna. A diferencia del nivel provincial y regional,

contribuyó de manera protagónica y significativa al desarrollo de un proceso político inédito en la historia de Chile. Se trata del caso paradigmático de un movimiento etnopolítico, que buscó controlar el poder municipal para desde allí introducir transformaciones afines a las demandas y reivindicaciones *mapuche*.

Por ello, en este artículo interesa describir y analizar la experiencia política ocurrida en Tirúa. No tan solo porque desde 1992 hasta la actualidad la comuna ha sido escenario de extraordinarias transformaciones políticas, cuyo signo más evidente es la evolución de la distribución del poder político municipal, donde la presencia indígena fue aumentando elección tras elección (Gráfico 1), sino porque en el fondo representa uno de los dos lineamientos políticos del movimiento *mapuche* contemporáneo (Pairican, 2014): la vía política⁴, que, con experiencias similares en el contexto latinoamericano, da cuenta de colectivos u organizaciones indígenas que, sin salirse de la institucionalidad y a través de la negociación constante, disputan espacios de poder al Estado (Burguete, 2008).

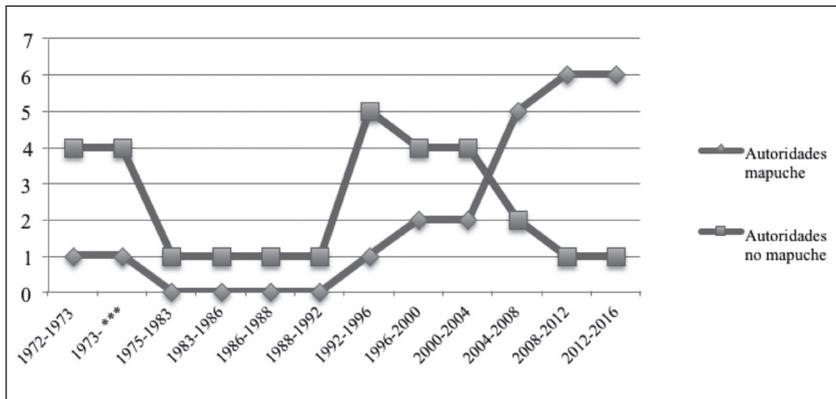


Gráfico 1. Adscripción étnica autoridades municipales de Tirúa. Período 1972-2016. Elaboración propia con datos del Servel (2017).

la comuna posee cierta independencia del aparato administrativo central, cuyo reflejo por excelencia es la elección popular y democrática de sus autoridades: alcaldes y concejales.

4. Para Pairican, el movimiento *mapuche* de la última década se caracterizó por la disputa de dos lineamientos políticos. El primero, denominado por el autor como *la vía política*, ha estado encabezado por el dirigente y alcalde de Tirúa, Adolfo Millabur. El segundo, denominado como *la vía rupturista*, ha sido encabezado por la Coordinadora de Comunidades en Conflicto Arauco-Malleco (CAM).



Imagen 1. Mapa de Tirúa en el contexto regional y nacional. Elaboración: Andrés Herrera, por encargo del autor.

En línea con los estudios de antropología del Estado (Schavelzon, 2010), particularmente respecto al estudio de los márgenes de este (Das y Poole, 2008), e intentando comprender las relaciones de poder y los espacios de contención (Roseberry, 2002) en aquellas instancias locales de interacción entre el Estado y los indígenas (De La Maza, 2012), este artículo parte de las condiciones generales que posibilitaron el surgimiento de un movimiento etnopolítico como este, para pasar rápidamente a las condiciones locales que permitieron al grupo de dirigentes *mapuche* liderados por Adolfo Millabur fijar su atención en el poder local, hacerse de él y gobernar la comuna durante varios períodos consecutivos. Siguiendo la propuesta de Abélès (1997) en torno al estudio del poder, interesa mostrar cómo es que los jóvenes líderes que consumaron este proceso se interesaron por el poder municipal, cómo accedieron a él y, una vez obtenido, cómo lo ejercieron. Dado que tales aspectos se desarrollaron con mayor nitidez en el período comprendido entre los años 1992 y 2008, es a este período al que se alude en este trabajo.

En términos metodológicos, el artículo se sustenta en una investigación etnográfica, cuyo primer trabajo de campo ocurrió entre 2006 y 2008, y tuvo una duración de 18 meses. Posteriormente, se llevaron a cabo pequeñas estancias de campo de manera periódica hasta 2016. Ya que el objetivo general de la investigación buscaba conocer las transformaciones que estaban ocurriendo en el escenario local a partir de la presencia de un alcalde indígena, se hizo seguimiento de dichos procesos indagando en sus configuraciones presentes, así como en sus orígenes.

Esta aproximación etnográfica, como nos recuerda Guber (2011), implicó la elaboración de una conclusión interpretativa que provino de la articulación teórica del investigador y de la representación coherente de lo que piensan y dicen los sujetos de estudio, información que fue recopilada y triangulada a través de distintas técnicas metodológicas: observación participante, entrevistas abiertas, entrevistas en profundidad e historias de vida.

La fase inicial de recolección de información se llevó a cabo fundamentalmente a través de conversaciones formales e informales no grabadas. Luego, cuando se había establecido un nivel de confianza suficiente, se procedió a realizar entrevistas grabadas. En total se llevaron a cabo más de 50 entrevistas distribuidas en 32 informantes, segmentados en cuatro grupos: i) autoridades municipales, indígenas y no indígenas; ii) dirigentes de comunidades y de juntas de vecinos; iii) autoridades indígenas tradicionales; y iv) habitantes no dirigentes indígenas y no indígenas.

El protocolo de acercamiento en la primera etapa fue más bien espontáneo, explicando los alcances y límites de la investigación. A partir de 2013, en el marco del proyecto Fondecyt n° 11130002, se utilizaron protocolos éticos estandarizados que incluían registros escritos de consentimiento informado. Finalmente, la información fue examinada a través de análisis de contenido *bottom-up*.

Coordenadas generales

Como ineludible telón de fondo asoma la trayectoria del movimiento *mapuche* contemporáneo⁵. Este movimiento, que nace con las primeras organizaciones *mapuche* surgidas alrededor de 1910, tuvo durante gran parte del siglo XX tres características bien definidas. La primera es que desde siempre contó con una alta heterogeneidad interna, expresada en distintas tendencias y aproximaciones hacia el Estado y la sociedad na-

5. Movimiento que, siguiendo a Touraine (1987), contempla un conjunto de acciones que buscan transformar las relaciones sociales de dominación.

cional (Mariman, 1990). Lo segundo es que, si bien el movimiento tuvo siempre una impronta étnica claramente identificable (Pinto, 2012), destacaba también por su fuerte carácter campesinista (Foerster y Vergara, 2000) y, por último, que hasta la década de 1970 primó en la mayoría de las organizaciones indígenas cierta adaptación a la lógica del Estado chileno para alcanzar sus objetivos. Es lo que Bengoa (1999) denominó lucha por la integración respetuosa, queriendo señalar con ello el intento de dichas organizaciones por participar a plenitud de la vida política nacional.

Esta última tendencia comenzó a cambiar a fines de la década de 1970 y sobre todo en la de 1980, cuando, en respuesta a una serie de políticas impuestas en dictadura (Rupailaf, 2002), la movilización se caracterizó por el rechazo a la asimilación, por la afirmación de las propias características indígenas y por la separación de la cultura *mapuche* de la chilena (Bengoa, 1999). A diferencia de lo que había ocurrido en épocas pasadas, donde los *mapuche* se habían plegado a otras luchas sociales, a partir de la década de 1980 el movimiento se caracterizó por la distancia con otros grupos, remarcando su diferencia étnica y levantando reivindicaciones autónomas. Las décadas venideras quedaron marcadas por esta distancia.

A este escenario se debe agregar otro elemento. Con la transición democrática, los municipios adquirieron una relevancia distinta, toda vez que existió la posibilidad de competir por su administración. El retorno a la democracia permitió que recuperaran un rol político al constituirse en escenarios de opciones políticas en competencia. Independientemente de los cambios ocurridos en la estructura y funciones municipales, se observó un cambio profundo en el rol jugado por las municipalidades como ámbito de política local, lo que dotó a este espacio de una «densidad política propia» (Garretón, 2008: 266). De esta manera, y a pesar de los limitados alcances de la descentralización en Chile (Gundermann, 2007) el municipio pasó a ser el referente de gran parte de la acción asociativa de los sectores populares, percibiéndose como «lugar posible» de reivindicación (Delamaza, 2005).

De manera que, una vez que se consuma la posibilidad de competir por su administración, y cuando se ha generado un movimiento *mapuche* con un fuerte carácter étnico, el escenario y guion parecieron estar dispuestos para una historia ya anunciada. Solo faltaban sus protagonistas. En Tirúa, a fines de la década de 1980, emergió un grupo de ellos.

Pensamiento político de un líder: Millabur y el horizonte municipal

Con el nuevo tipo de movilización emergió también una nueva camada de dirigentes, jóvenes que tuvieron la posibilidad de ingresar a la educación superior, pero que a diferencia de las generaciones pasadas poseían un discurso que acentuaba su etnicidad por sobre la integración. Se trató de jóvenes nacidos en ciudades o que vivieron algún tiempo en ellas y que desde allí volvieron a mirar a sus comunidades. Para Bengoa (2000), son dirigentes capaces de manejar distintos códigos a la vez, tanto urbano-nacionales, como rural-indígenas.

Adolfo Millabur y sus compañeros dirigentes pueden ser considerados como genuinos representantes de esta nueva dirigencia. Todos ellos son *mapuche* del área rural que realizaron estudios superiores en Concepción y que convivieron en el Hogar Mapuche —*Pegun Dugun*— de esa ciudad.

Los denominados «Hogares Mapuche» corresponden a casas de acogida para estudiantes indígenas rurales que ingresan a la educación superior en las principales ciudades del país. Surgieron alrededor de 1950 y en las últimas décadas han jugado un rol fundamental en la preparación de nuevos dirigentes, organizaciones, discursos y acciones *mapuche*. En este sentido, el hogar *Pegun Dugun* jugó un rol clave en la conformación del movimiento político desplegado en Tirúa, no tan solo sirviendo de soporte material para que estos jóvenes se educaran en un contexto urbano ajeno, sino, sobre todo, como espacio de formación de una conciencia política *mapuche* (Flores y Robles, 2007). Para Millabur, este hogar resultó ser la cuna de su formación política.

¿Cuál es esta formación política? ¿Cuál es la orientación política que guió a este movimiento? Coincidentemente con el planteamiento de algunos autores que han analizado la base organizacional *mapuche* contemporánea (Vergara, Gundermann y Foerster, 2013), el discurso de Millabur, así como su proyecto político, se erigió sobre un diagnóstico crítico de algunas dinámicas del movimiento *mapuche*, particularmente sobre tres puntos. El primero alude a su permanente segmentación en múltiples organizaciones, cada una de las cuales se considera como la genuina representante del pueblo *mapuche*, cuestión que provocaría la pérdida de credibilidad de las organizaciones indígenas; de allí que Millabur defienda su apuesta municipal, destacando, entre otros aspectos, que la alcaldía en manos de un dirigente *mapuche* otorga credibilidad a su proyecto político.

Relacionado con lo anterior, un segundo aspecto apunta a la dificultad para incorporar a más sectores de la sociedad *mapuche* al movimien-

to, lo que impide la ampliación de su base social. Para Millabur, la tendencia de las organizaciones o liderazgos *mapuche* a autoproclamarse como los representantes del pueblo *mapuche* sin tener una base social que los respalde, no hace sino acrecentar la lejanía de las cúpulas, constituyéndose en la causa central del fracaso de dichos intentos. Por ello es por lo que acentúa la necesidad de proximidad con las bases sociales, cuestión que considera posible realizar a través del fortalecimiento de las identidades territoriales *mapuche*; en su caso, la Identidad Territorial Lafkenche⁶.

Un tercer punto guarda relación con la percepción respecto a que los logros alcanzados por el movimiento *mapuche* han sido escasos. Y aquí se despliega uno de los puntos centrales del planteamiento de Millabur para hacerse con el poder local. Se trata de la idea de aprovechar las estructuras del Estado para reposicionar y viabilizar las demandas *mapuche*. Para Millabur, los municipios poseen una autonomía e independencia que no tienen otros órganos estatales; por tanto, permiten posicionar aspectos que en otros espacios sería imposible, como por ejemplo, apoyo a determinadas demandas indígenas. Así, el municipio es visualizado como una herramienta apta para imprimirle un sello *mapuche*, por lo que en la práctica se vuelve factible la reapropiación del espacio local, una etnización: transformar un determinado espacio de poder en un medio para alcanzar fines reivindicativos indígenas.

Estas y otras ideas fueron materializadas en un lugar concreto y en una época precisa. A principio de la década de 1990, Millabur y sus compañeros dirigentes regresaron a Tirúa decididos a iniciar un proceso a través del cual pudieran dar curso a las ideas políticas afinadas en el Hogar indígena. No es que desde siempre fuera evidente la idea de que la administración municipal era el camino por seguir. El proceso fue madurando con el tiempo y en vista de las circunstancias acaecidas. De hecho, en un comienzo estos dirigentes no dan muestra de tener completa claridad respecto de la vía por donde encauzar la lucha política. En un comienzo, podría decirse, la arena política no está suficientemente definida. Hay certeza respecto de los actores involucrados, comunidades *mapuche* por un lado y el Estado por el otro, pero aún no disponen de una bandera de lucha distintiva, propia del nuevo movimiento que se estaba generando. Su discurso inicial reproduce el discurso enarbolado por casi la totalidad

6. Históricamente, el pueblo *mapuche* estuvo constituido por diversas identidades territoriales, por ejemplo, *lafkenche* —gente de la costa— o *huilliche* —gente del sur—, entre otras (CVHYNT, 2008). A partir de la década de 1990 se produjo un proceso de reorganización territorial que fue visibilizando muchas de estas identidades a través de organizaciones etnoterritoriales (Aylwin, 2001). Un rasgo característico de tales organizaciones ha sido la aspiración a una gobernanza a nivel local (Naguil, 2013).

de las organizaciones *mapuche* contemporáneas: deuda histórica, devolución de tierras usurpadas, acceso a educación y salud, principalmente; sin embargo, al poco andar, y relacionado con los hechos que fueron ocurriendo, estos dirigentes identificaron una nueva ruta reivindicativa a seguir y, aferrándose a ella, lograron constituir un movimiento etnopolítico que terminó por transformar el escenario político de la comuna.

La llegada al municipio y la etnización de la política local

Una vez que Millabur consigue entrar al gobierno municipal, primero como concejal y luego como alcalde, sus discursos y acciones pueden ser interpretados como el inicio de un proceso de etnización de la política local. Se observa un desplazamiento de la política desde el lugar formal del municipio, en la cabecera de la comuna, hacia las comunidades, abriendo con ello el lugar de lo político a nuevos actores. Asimismo, se advierte un trabajo destinado a politizar a las comunidades, incentivando su participación y alineándolas al pensamiento político de las nuevas autoridades indígenas. En el fondo se percibe el intento de posicionar a los *mapuche* de Tirúa como sujetos políticos, posibilitando su participación real. Y, al producirse esto, al abrirse la posibilidad de inserción de nuevos actores políticos, estos entraron con todo su bagaje cultural, produciéndose con ello lo que Boccara (2004) ha identificado como un proceso complementario de politización de la cultura y culturización de la política.

En un comienzo, sin embargo, la gestión local no asoma como meta final, sino más bien como un medio que podría servir para medir fuerzas:

Fue una especie de apuesta infantil para saber cómo estábamos los *mapuche* en una elección municipal en un territorio como Tirúa. Para sondear, si tú quieres. Y fue ingenuo en el sentido que nuestra aspiración no era que quedaríamos elegidos como alcalde o concejal porque eso no era lo importante para nosotros; fue después, cuando asumí de concejal entendí la responsabilidad que tenía el cargo. Es decir, no podía abandonar irresponsablemente el cargo, cuando para sorpresa mía y de los que estábamos organizados, había sacado la primera mayoría... Entonces asumí el cargo en esa lógica y me di cuenta que era una gran responsabilidad ser elegido concejal y que debía responder a las expectativas y a la confianza de la gente.

Ahí comencé a conocer el sistema local. Yo no conocía ni la municipalidad. Ahí me di cuenta de la incidencia que tienen las autoridades locales en el comportamiento de la gente, desde el punto de vista político, de cómo influyes en el bienestar de la gente (Adolfo Millabur, enero de 2008).

Como se desprende de las palabras de Millabur, en un comienzo no hay un plan de gestión local. El control del municipio no constituye una meta en sí misma; es más bien una consecuencia inesperada. Se trata más bien de un sondeo, de una prueba para medir fuerzas. Sin embargo, detrás de esta *apuesta infantil* hay otra que no lo parece tanto. Se quiere tantear la posibilidad de un eventual bloque electoral *mapuche* a nivel comunal. Millabur, al no militar en ningún partido político ni en ninguna lista electoral, vislumbra la posibilidad de obtener un voto étnico. La apuesta, coherente con esta nueva mirada de lo *mapuche* como algo separado de otras instancias o grupos nacionales, por ejemplo de partidos políticos, es entonces explorar la posibilidad de un eventual voto *mapuche*. Un antiguo dirigente de Tirúa Sur lo sintetiza del siguiente modo:

Entonces surge la idea de llevar un candidato. Estaban los cabros [jóvenes] del Pegun, Millabur, Huenchunao... que habían ido a Concepción y habían vuelto a trabajar de nuevo a la comuna. Entonces nosotros queríamos llevar un candidato sin involucrar a los partidos, que fuéramos como *mapuches* no más, que fuera algo distinto de la política (Damasio Liempi, diciembre de 2007).

De aquellas intenciones al momento de mirar hacia la competencia electoral se desprende una interpretación interesante: los *mapuche* de Tirúa, o un conjunto dirigente de ellos, miran las elecciones tratando de buscarse a sí mismos, pero desde otro lugar, desde su particularidad como sujetos políticos diferenciados capaces de competir por un espacio político que les ha sido vedado. Pretenden medirse electoralmente como conjunto homogéneo, compacto, sin fisuras provocadas por agentes externos. Esa es la intención original. Luego, y una vez que se conocen los resultados de esas primeras elecciones y constatan que ese camino es posible, miran al municipio. Y esta mirada al municipio se conducirá consecuentemente con la intención primigenia, esto es, concebir al municipio como un medio para viabilizar reivindicaciones *mapuche*. Con ese objetivo en sus cabezas, recurrirán instrumentalmente a diversas instancias para alcanzar sus aspiraciones políticas.

En 1992, Adolfo Millabur accede por primera vez a un cargo municipal. A pesar de haber obtenido la más alta votación individual (15,56%), no pudo asumir como alcalde, pues las leyes electorales de la época restringían fuertemente las posibilidades de los candidatos que postularan de manera independiente y no en listas electorales formadas por alianzas entre partidos. De este modo, Millabur quedó como concejal de la comuna. Como muestra fehaciente de la intención inicial de competir solos, sin alianzas con otras fuerzas políticas, durante la primera sesión de aquel concejo municipal donde los concejales electos debían nombrar de entre

uno de ellos al alcalde, Millabur no hizo alianza con ningún otro concejal, dándose el voto a sí mismo y no obteniendo el voto de ningún otro. Los demás concejales, todos miembros de partidos políticos, a través de distintas negociaciones entre ellos, determinaron que el alcalde fuera Alejandro Aguillón, militante demócratacristiano⁷.

En las siguientes elecciones (1996), Millabur obtuvo el 30,32 % de los votos, lo que, sumado a ciertas modificaciones en el sistema electoral, más un cambio de estrategia del candidato (postular dentro de la lista electoral de la Concertación de Partidos por la Democracia⁸), permitieron que llegara a la alcaldía. El mandato de Millabur fue reafirmado por los electores en las dos elecciones siguientes, 2000 y 2004, donde obtuvo una votación del 43,72 % y el 47,54 % respectivamente, lo que lo mantuvo como alcalde de Tirúa por espacio de tres períodos consecutivos. Esta situación terminó en las elecciones de octubre de 2008. En dicha elección, Millabur, sin variar demasiado su tendencia electoral, obtuvo el 44,95 % de los votos, pero fue derrotado por el otro candidato a alcalde, también *mapuche*, José Aniñir, quien fue apoyado por Renovación Nacional —partido político de derecha— y que obtuvo el 50,74 % de los votos. Finalmente, en las elecciones de 2012 y 2016, Millabur volvió a ser electo alcalde con el 44,86 % y el 54,16 % de los votos, respectivamente.

Entre 1992 y 2008 se desplegaron con mayor claridad las dinámicas que contribuyeron a la configuración de un escenario político particular en la comuna. Desde la época en que se desempeñó como concejal, y hasta el fin de su tercer período como alcalde, Millabur intentó promover acciones que posibilitaran una activa participación de la población *mapuche* tanto en la política local como en la nacional. Se trató de diversas

7. En Chile, a diferencia del sistema binominal que operó hasta 2015 para los representantes del Congreso, el sistema electoral municipal se basa en el principio de representación proporcional y opera, con algunas modificaciones, desde 1992 hasta la actualidad. Cada período dura cuatro años. En 1992, los cargos de concejales se asignaron siguiendo el principio de representación proporcional utilizando el método D'Hondt. La elección de alcalde quedó en manos de los concejales que habían resultado electos. En 1996, se llevó a cabo una reforma que permitía que un candidato a concejal que obtuviera el 50% de los votos se convirtiera automáticamente en alcalde o que lo hiciera el candidato más votado que perteneciera a una lista electoral que obtuviera arriba del 30% de los votos. Finalmente, en 2004 operó una nueva modificación que puso por separado la elección de concejales y de alcaldes. Los concejales siguieron siendo electos mediante la fórmula D'Hondt, mientras que los alcaldes fueron electos por el principio de mayoría relativa.

8. Alianza de partidos políticos de centroizquierda que gobernó el país desde 1990 a 2010. Entre 2010 y 2014 Chile fue gobernado por un conjunto de partidos políticos de centroderecha, denominado «Chile Vamos». La Concertación, en tanto, con algunos cambios que llevaron a la denominación «Nueva Mayoría», volvió al gobierno entre 2014 y 2018. Ambos bloques políticos han hegemonizado la experiencia electoral posdictadura, tanto en las elecciones parlamentarias como municipales.

fórmulas que se condujeron de manera progresiva y que, según los distintos momentos y pulsos locales, se enfocaron de manera diferenciada en los subterritorios comunales.

Entre las principales fórmulas, se cuenta un enorme trabajo político en torno a la Ley N° 20.249, también conocida como Ley Lafkenche; una fuerte intervención en las comunidades *mapuche* para mejorar sus condiciones de vida; el reconocimiento jurídico de las comunidades indígenas a través de la Ley Indígena; el fortalecimiento local del relato reivindicativo *mapuche* contra las empresas forestales; y, finalmente, una política municipal de reorganización territorial. Todas ellas contribuyeron notablemente a la transformación del escenario político local y, además, reflejan con claridad la consecuencia entre discurso y práctica de este movimiento etnopolítico. Por una cuestión de espacio se mencionarán solo dos de ellas.

En primer lugar, el trabajo político desarrollado en torno a la elaboración de la Ley 20.249 es un buen reflejo de cómo el proyecto articulado a la figura de Millabur, sin salirse de la institucionalidad, disputó mediante la negociación constante espacios de poder al Estado, en este caso espacios territoriales ligados al uso y la explotación del borde marino. Esta disputa se llevó a cabo mediante la generación de un movimiento con amplia base social, que enfatizó en la idea de territorialidad y que resultó exitoso en sus objetivos. Es decir, da cuenta de una práctica política consecuente con los sustentos ideológicos del movimiento.

En 1991, época en que los jóvenes dirigentes regresaban a Tirúa luego de su paso por la ciudad de Concepción, se dictó la Ley de Pesca y Acuicultura N° 18.892, ley que sin proponérselo propició el fundamento ideal para la generación de un vasto movimiento político en torno a la figura de Millabur y de la organización Identidad Territorial Lafkenche. En términos generales, dicha ley introdujo una serie de restricciones al uso y explotación del mar; por ejemplo, limitando su libre acceso y obligando a una explotación controlada por parte de sindicatos de pescadores, a quienes corresponderían espacios de explotación acotados llamados áreas de manejo. Como una parte significativa de las comunidades *mapuche* de Tirúa practican de forma regular la recolección de algas marinas y moluscos, se vieron en la obligación de adecuarse a dichas medidas legales.

Para ello, las comunidades comenzaron a reunirse y asociarse, lo que con el tiempo derivó en la constitución de una gran organización supra-comunitaria llamada Pu Lafkenche, cuyo primer logro fue la consecución de un área de manejo. Sin embargo, detrás de este resultado había comenzado a germinar otra dinámica de más largo plazo, y que daría otros frutos. En dichas reuniones comenzó lentamente a difundirse el funda-

mento ideológico de lo que poco tiempo después se conformaría como la Identidad Territorial Lafkenche, con Millabur a la cabeza. Es decir, las discusiones en torno a la nueva ley y sus implicancias sirvieron como insumos ideales para dar consistencia material a la idea, reinventada o reconstruida, de identidad territorial, pues junto con permitir el aglutinamiento de las comunidades en torno a un tema que las unía, con el tiempo permitió la generación de un discurso unitario y distintivo —una bandera de lucha— a los *mapuche* de la costa.

Esto, porque una vez que Millabur asumió la alcaldía, las reuniones intercomunitarias fueron ganando en periodicidad y masividad. Se integraron comunidades ya no tan solo de Tirúa, sino de otras comunas costeras. Fue tal el involucramiento, que en determinado momento participaban comunidades indígenas de cuatro regiones del sur de Chile. Se trataba de reuniones donde se abordaban diversos temas, principalmente lo relativo a la Ley de Pesca, pero en el fondo, eran grandes reuniones de corte político donde la organización Identidad Territorial Lafkenche, y muy especialmente Millabur, desplegaban y difundían su propio contenido ideológico, con el objetivo de crear y estimular una conciencia política alineada a la base ideológica de este movimiento.

Con el tiempo nació no solo una demanda económica, como había sido la primera motivación de los dirigentes indígenas —no quedar excluidos de la Ley de Pesca—, sino una demanda de tipo etnocultural (Marimán y Aylwin, 2008). Con un enorme despliegue territorial, con un amplio apoyo de las bases *mapuche*, con un diagnóstico claro y crítico sobre la ley, el movimiento inició un proceso que buscó modificar el marco legal de 1991, para lo cual iniciaron múltiples movilizaciones y a la vez buscaron apoyo tanto en el Gobierno central como en diputados y senadores. Luego de años de movilizaciones y negociaciones, el movimiento consiguió un logro inédito: el dictado en 2007 de la Ley N° 20.249, que creó el Espacio Costero de los Pueblos Originarios.

En suma, se trató de un proceso que incluyó un movimiento social amplio, que a través de la negociación constante, y apoyado en la idea de territorialidad indígena y en las estructuras legales del Estado, accedió a un logro concreto.

Una segunda fórmula tiene relación con la Ley Indígena 19.253 de 1993, y cómo, a partir de su reutilización por los actores locales, sirvió para transformar el escenario político local, modificando, entre otros aspectos, las relaciones de poder en el nivel infracomunal⁹.

9. Entenderemos por *nivel infracomunal* aquellos espacios que, por debajo del nivel comunal, albergan instancias sociopolíticas tales como comunidades indígenas, juntas de vecinos

Más allá de sus limitaciones (Aravena y Jara, 2016), la Ley Indígena permitió posicionar la temática indígena en el Estado y generar un marco legal para el reconocimiento de sus derechos, dando paso a un rápido proceso de reetnificación en el país, proceso que fue aprovechado, probablemente sin dimensionar todas sus consecuencias, por Millabur, pues, como se señaló, uno de sus primeros objetivos fue empoderar a las comunidades *mapuche* para incluirlas en las dinámicas políticas de la comuna y, de paso, como se pudo confirmar durante la investigación, sacarlas de la exclusión histórica en la que estaban atrapadas. Una serie de comunidades indígenas se encontraban en tales condiciones, sobre todo las que habitan los sectores interétnicos de Tirúa. En dichos sectores, la representación política giraba alrededor de las Juntas de Vecinos, instancia que era dirigida por dirigentes no indígenas, y aunque había personas *mapuche* que participaban en tales organizaciones, dicha participación era marginal y periférica.

Una de las formas para revertir este tipo de relaciones políticas tuvo que ver justamente con el uso y apropiación de la Ley Indígena. En lo inmediato, esta ley fue ocupada para obtener beneficios acotados: becas en educación, compra de tierras, proyectos de inversión, entre otros, pero además, y principalmente, el proceso político encabezado por Millabur la aprovechó para dar un estatus político diferente a las comunidades indígenas, y con ello posicionarlas en la dinámica política local, pasando de ser una ley que, desde arriba, etnifica, a una ley que, reutilizada por los actores locales, sirvió para *etnizar* el escenario político local.

Al obtener su estatus jurídico, las comunidades *mapuche* contaron con un tipo de organización propia que, además de poseer personalidad jurídica y, por tanto, otorgar la posibilidad de suscribir convenios, les permitió prescindir de la junta de vecinos, produciendo con ello un cambio en las relaciones de poder, pues Millabur, según su propio testimonio, comenzó a entenderse políticamente con la entidad orgánica que emanaba de la comunidad indígena y ya no necesariamente con la figura anterior, la junta de vecinos. Esto generó un reacomodo del escenario político infracomunal, pues la antigua organización territorial, que servía de mediador entre los vecinos y el municipio, dejó de tener ese poder y este pasó a la comunidad.

De este modo, la dinámica política local se abrió hacia otros lugares y hacia nuevos actores, quienes tuvieron su propia instancia de representación, que los posicionó como actores relevantes en el escenario político comunal, pues los distintos subterritorios *mapuche* no tan solo pusieron

u otro tipo de organización funcional o territorial que, entre otros asuntos, establecen un vínculo entre la sociedad civil y el gobierno local.

fin a años de exclusión política, sino que también pudieron empoderarse a tal nivel que lograron ingresar al centro mismo de las decisiones comunales, posicionando cada uno de ellos a un representante propio en el concejo municipal, transformando con ello la distribución del poder político local.

Fisonomía del poder, su transformación y fin de un ciclo

Estos procesos de etnización de la política local, así como la consolidación de Millabur y su orientación política, estuvieron acompañados por una noción de poder, una construcción fisonómica que con el tiempo fue cambiando.

Siguiendo la orientación que adquirió el movimiento *mapuche* a fines del siglo XX, el proyecto etnopolítico encabezado por Millabur buscó construir un camino electoral autónomo, libre y no *contaminado* por los partidos políticos. Para ello, debió necesariamente empoderar a las comunidades indígenas de Tirúa y transformarlas en la estructura que pudiera sostener dicho proyecto.

La primera idea de poder, real o imaginada, que acompañó este proceso, delineó una estructura centrífuga, promoviendo una alta participación de las comunidades en la toma de decisiones y una estrecha cercanía del líder con sus electores. Los relatos recogidos durante la investigación hacen recordar las estructuras de poder descritas por Clastres (2001), en el sentido en que las comunidades imaginaban al líder más que como jefe como un representante, como voz de las comunidades y ejecutor de las decisiones que se tomaban entre ellas mediante asambleas. Más allá de que haya ocurrido exactamente así, existe el convencimiento, por ejemplo, de que la selección de Millabur como candidato fue un asunto que nació de las propias comunidades, que habrían tratado de poner en la avanzada a un líder que expresara sus intereses, a un jefe que no detentara el poder, sino que fuera vehículo de las decisiones tomadas por la gente, quienes a su vez conservarían el poder.

Hay, efectivamente, algunos hitos que avalan esta primera percepción local respecto del poder. La llegada de Millabur a la alcaldía en 1996 fue sentida y celebrada por las comunidades como un triunfo propio. Los resultados de aquella elección desataron una enorme alegría y emoción entre los habitantes indígenas de Tirúa, pues, tras haber permanecido históricamente en los márgenes de las decisiones locales, tener a uno de los suyos convertido en la más alta autoridad comunal los llenó de orgullo, pero, además, aquel triunfo electoral fue el reflejo de decisiones que se tomaron colectivamente.

Como en 1992, a pesar de su alta votación, Millabur no pudo alcanzar la alcaldía, para las elecciones de 1996, cuando la meta era una realidad alcanzable, se requirió tomar una decisión trascendental: competir electoralmente de modo independiente, como se había hecho en 1992, o buscar alguna estrategia electoral que permitiera acceder al gobierno de la comuna. Una decisión nada fácil, pues ambas opciones contenían riesgos inmediatos: no alcanzar la meta, en un caso, o transar una de las ideas más fundamentales del proyecto, en el otro.

Para su resolución, se llevaron a cabo numerosas asambleas en los subteritorios *mapuche*. Hubo dos posturas: una que señalaba que, con precaución y tratando de conservar al máximo la autonomía, se podía optar por la vía de la negociación, buscando generar alianzas electorales con algunos partidos políticos y, la otra, que apostaba por la vía completamente independiente y no negociadora. Como finalmente sucedió, la mayoría aprobó la propuesta de acceder a un cupo en una lista electoral, cuestión que se concretó a través de la lista de la Concertación de Partidos por la Democracia, con Millabur conservando su carácter independiente al no militar en ningún partido político. Esta decisión, sin embargo, dejó fisuras que se hicieron evidentes en el corto, mediano y largo plazo; entre ellas, un cambio en la fisonomía del poder.

En lo inmediato, la decisión tomada por las comunidades de Tirúa provocó que algunos dirigentes abandonaran el proyecto y pasaran a liderar otras formas de movilización política, entre ellos José Huenchunao, joven dirigente que había estado presente desde los tiempos de Pegun Dugun y que luego de las elecciones de 1996 pasó a encabezar otra línea de acción, más radical, a través de la Coordinadora de Comunidades en Conflicto Arauco-Malleco, más conocida como CAM¹⁰.

Una consecuencia a mediano plazo fue que otros dirigentes, sin necesariamente estar en contra de la vía negociadora, también fueron abandonando el proyecto. Algunos de ellos levantaron candidaturas a la alcaldía, ya sea de manera independiente, en listas alternativas a los dos grandes bloques o, incluso, en sublistas del mismo conglomerado que apoyaba a Millabur. Sin embargo, aunque hubo quienes alcanzaron por-

10. Podría señalarse entonces que, en Tirúa, y por aquellos años, estuvieron presentes, de manera germinal y confrontadas, las dos vías políticas del movimiento *mapuche* contemporáneo. Poco más de un año después de aquellas elecciones, el 1° de diciembre de 1997, se conoció la primera acción promovida por la CAM, la quema de tres camiones en la cercana comuna de Lumaco, consolidando con ello el surgimiento de lo que Boccara y Seguel Boccara (1999) han identificado como organizaciones indígenas que no reconocen la representatividad de las organizaciones indígenas incorporadas en las estructuras intermediarias (Boccara y Seguel Boccara, 1999).

centajes nada despreciables, no lograron afectar la consolidación del liderazgo de Millabur.

Esta consolidación en el escenario político local, y sobre todo en la arena electoral, fue provocando una transformación de la concepción inicial de poder. Las altas votaciones que con el tiempo fue obteniendo Millabur lo situaron como el máximo referente electoral de la comuna, no tan solo para las comunidades *mapuche* alineadas tras él, sino que también, y de manera determinante, para el pacto electoral que lo apoyaba. La acumulación de este capital político catapultó a Adolfo Millabur como el propietario de la llave maestra para la representación política contemporánea, las elecciones, puesto que, tanto del lado de las comunidades como del lado del pacto electoral, era necesario contar con su apoyo para resultar electo. Este hecho gatilló una separación entre poder y control.

Siguiendo a Adams (2007), podría decirse que en un principio el poder fue imaginado/configurado como un poder dependiente y asignado, que residiría en las comunidades. Sin embargo, el capital político que con el tiempo fue adquiriendo el líder *mapuche* impidió que las bases pudieran seguir contorneando sus decisiones, dando paso a un poder de corte más independiente, donde tanto el control de los recursos significativos como la toma de decisiones comenzó a permanecer en las mismas manos. El elemento clave para la demarcación entre un tipo de poder y otro estuvo dado por el peso electoral que fue consiguiendo Millabur, al convertirlo en la única alternativa para acceder a cupos municipales con reales posibilidades de concretarse. El recurso significativo constituido en torno a la posibilidad de resultar electo, es decir, en la posibilidad de contar con un pacto electoral detrás para los candidatos *mapuche* y en no perder el apoyo electoral de las comunidades para el pacto electoral, pasó a tener un dueño, Millabur, lo que cambió la forma del poder que se habían planteado las comunidades al inicio del proceso. El líder *mapuche*, antes «desprovisto» de poder, pasó a tener poder y control.

Tal vez esta transformación en la fisonomía del poder pueda ayudar a comprender la derrota de Millabur en 2008, para la cual hay, en todo caso, varias explicaciones más. La primera de ellas es que la selección del candidato vencedor, José Aníñir, fue una estrategia planificada detalladamente desde el centro del país, específicamente por el presidente de Renovación Nacional, partido político de derecha, quien buscó personalmente a un candidato que fuera relativamente conocido en la zona, que representara ideas distintas a las de Millabur y que fuera *mapuche*. En paralelo bajó de la competencia electoral a los otros candidatos de derecha, dejando que la alcaldía se disputara solo entre Adolfo Millabur y José

Aniñir, intentando con ello aglutinar a toda la oposición a Millabur tras un solo candidato.

Otra explicación puede relacionarse con lo sucedido en las elecciones municipales a nivel nacional aquel año, cuando ocurrieron varias derrotas inesperadas de candidatos que hasta antes de las elecciones eran seguros ganadores. Fue la denominada *caída de los peces gordos*, quizá por el menor esfuerzo dispuesto en las campañas o como consecuencia de la idea de «cambio» que dominó la discusión electoral previa.

Una tercera explicación está ligada al propio gobierno de Millabur, a la distancia evidenciada con el tiempo entre el rol de dirigente y el cargo de alcalde. Si bien el desafío inicial de Millabur fue gobernar pensando en su pueblo, con el tiempo se vio en la obligación de hacer suyo el desafío interétnico de la comuna, donde habitan campesinos no indígenas que en ocasiones viven en situación de igual o mayor pobreza que los comuneros *mapuche*. Algunas comunidades más radicales comenzaron a leer este proceso como consecuencia de la vía negociadora y asumieron que el alcalde había abandonado la veta reivindicativa del comienzo, alejándose paulatinamente de él.

Un cuarto tipo de explicación que, sin negar las anteriores, pretende complementarlas, apela al elemento sacrificial contenido en los relatos de Clastres; por ejemplo, cuando describe la reacción de ciertas comunidades que, al observar a un jefe que prefiere imponer su propio deseo, desatendiendo el afán colectivo, optan por abandonarlo: «*al jefe que quiere “hacer de jefe”, en el mejor de los casos se le vuelve la espalda, en el peor se lo mata*» (Clastres, 2001: 220). Y es que a partir del proceso que cambia la fisonomía del poder, muchos de los dirigentes históricos se alejaron del líder, quitándole el respaldo, rebelándose frente a la lejanía de Millabur y contra el escenario que lo revestía con la capacidad de imponerse a las comunidades y no al revés, como se pretendía.

En 2008, Aniñir no representaba en grado alguno los intereses de estos dirigentes y sus comunidades; sin embargo, el hecho de perder la posibilidad de incidir en el gobierno comunal los llevó a sacrificar, en términos electorales, el camino alcaldicio de Millabur.

En cualquier caso, esta derrota fue solo entre comillas. No tan solo porque Millabur volvió en gloria y majestad en las siguientes elecciones, sino porque durante el ejercicio de su gobierno generó un escenario que es muy difícil revertir: la vía electoral étnica. Da la impresión de que, en Tirúa, así como en otras comunas donde ocurren procesos similares, es muy difícil que un candidato no indígena pueda volver a ser alcalde. De hecho, solo otro *mapuche* pudo derrotar, por única vez, al alcalde *mapuche* de Tirúa.

Conclusiones

El proceso político desarrollado en Tirúa constituye la experiencia emblemática de movimientos indígenas que han accedido al control de los gobiernos locales en Chile y uno de los pocos casos en el cual un dirigente indígena se hace con el poder local y desde allí contribuye a gestar todo un movimiento etnopolítico. Por diversas razones, la experiencia aquí expuesta no es extrapolable a las otras comunas que han tenido gobiernos con alcaldes *mapuche*; quizá la principal de ellas es que muchos de los procesos y resultados allí observados tienen como protagonista al alcalde Adolfo Millabur, cuyo liderazgo es único. Sin embargo, lo ocurrido en Tirúa representa una posibilidad, un camino realizable. Por lo mismo, no es de extrañar que en la actualidad existan diversos proyectos encabezados por alcaldes *mapuche* que reafirman el horizonte municipal como objetivo político¹¹, a pesar de sus diferencias ideológicas (Caniguan, 2015), y que en 2013 se haya creado la Asociación de Municipalidades con Alcaldes Mapuche (Amcam), que hoy cuenta con nueve alcaldes *mapuche* asociados.

Ahora bien, soslayando esta inherente limitación, el artículo ha querido mostrar el desarrollo de una experiencia que refleja una de las vías políticas del movimiento *mapuche* contemporáneo, vía que, con similitudes en el concierto latinoamericano, se enmarca en el camino institucional y de la negociación, disputando poder al Estado y aprovechando todas sus estructuras, creadas o no con fines multiculturales, para reutilizarlas en función de las demandas y reivindicaciones indígenas.

Entre los aspectos más significativos de su puesta en práctica sobresalen, para empezar, dos elementos que obedecen al contexto mayor en el que se pudo desenvolver el proceso descrito: por un lado, la descentralización y la transición democrática y, por el otro, el giro étnico de la movilización *mapuche* en las últimas décadas del siglo XX. En dicho escenario van a confluir diversos actores, entre ellos algunas organizaciones *mapuche* que, vislumbrando la importancia adquirida por los municipios, los percibieron como lugar posible de reivindicación.

Como suele suceder, estos procesos están repletos de vericuetos insondables, coincidencias y resultados inesperados. En ocasiones los planes o tendencias más amplias, nacionales por ejemplo, desatan consecuencias disímiles en los mundos locales, tal cual sucedió en Tirúa con la Ley de Pesca y Acuicultura de 1991, ley que sin proponérselo proveyó de un in-

11. A lo que se debe agregar el partido *mapuche* Wallmapuwen, quienes han fijado como eje estratégico el control de los gobiernos locales.

sumo ideal para dar consistencia a las ideas que los jóvenes dirigentes *mapuche* estaban construyendo.

Estos dirigentes, junto con representar la nueva generación de líderes *mapuche* que se fueron formando en las universidades del país y, muy especialmente, en los Hogares indígenas, se hicieron de un conjunto de ideas que, críticas con el movimiento *mapuche* en general, les permitieron ir levantando una ruta reivindicativa propia.

Una de esas ideas, tal vez la principal, fue el hecho de visualizar el municipio como una herramienta susceptible de imprimirle un sello *mapuche*, para etnizarlo, reapropiándose de él y utilizándolo según sus propios objetivos políticos. Para ello, elaboraron una fórmula consecuente con el giro étnico, de modo de ir cimentando un camino relativamente autónomo que permitiera invertir las relaciones de poder al interior de la comuna; por ejemplo, sacando a las comunidades indígenas de su situación de marginalidad histórica y situándolas en el centro de las dinámicas políticas locales. Coincidió esta práctica con una tendencia más amplia de la movilización *mapuche* en la década de 1990, donde se observó un período de politización y concientización general del movimiento.

El ejercicio del poder, junto con el despliegue ideológico, implicó una transformación de las relaciones de poder al interior de la comuna. Por un lado, logró modificar la distribución del poder político municipal, dejando una mayoría casi absoluta en los cargos públicos de Tirúa; pero, además, transformó las relaciones de poder en el nivel infracomunal.

Finalmente, es necesario señalar que, aunque la experiencia política de Tirúa reviste una densidad política peculiar y, de hecho, es pensada por sus protagonistas como un proceso propio y autónomo, no estuvo ajena a las fuerzas mayores que la envuelven; por ejemplo, de los partidos políticos, cuya interacción desató consecuencias en ambas direcciones, hacia dentro de la comuna como hacia fuera. En el primer caso, transformando la fisonomía del poder y desatando con ello disputas internas, algunas de las cuales pueden dar cabida a relaciones de tipo clientelar; en el segundo, impactando de lleno en las dinámicas de los partidos políticos, obligándolos a lo que aquí se ha denominado *la vía electoral étnica*, es decir, aquella ruta que proyecta un difícil camino para quien no sea *mapuche* y quiera optar al gobierno comunal.

Referencias bibliográficas

- Abélès, M. (1997). La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 153: 51-72.
- Adams, R. (2007). *La red de la expansión humana*. México: Ciesas.

- Agudelo, C. y Racondo, D. (2007). Multiculturalismo en América Latina. Del Pacífico mexicano al Pacífico colombiano. En: *Los retos de la diferencia. Los actores de la multiculturalidad entre México y Colombia*. O. Hoffmann y M.T. Rodríguez, Eds. México: Ciesas, Cemca, Ird, Icahn.
- Aguilar, E. y Bueno, C. (2003). La globalización de las expresiones locales. En: *Las expresiones locales de la Globalización: México y España*. C. Bueno y E. Aguilar, Coords. México: Ciesas, Universidad Iberoamericana.
- Aravena, A. y Jara, F. (2016). Antropología jurídica y superposición de sistemas normativos estado/nación-pueblos indígenas: El caso actual del pueblo *Mapuche*. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 11(3): 319-340.
- Assies, W. (2003). La descentralización en perspectiva. En *Gobiernos locales y reforma del Estado en América Latina*. W. Assies, Ed. México, D.F.: Colegio de Michoacán.
- Aylwin, J. (2001). Pueblo Mapuche y municipio: una reflexión desde el derecho. En *Municipio: participación (o exclusión) Mapuche*. R. Morales, Comp. Temuco: Universidad de la Frontera-Escaparate.
- Bartolomé, M. (1997). *Gente de costumbre y gente de razón: las identidades étnicas en México*. México: Siglo XXI Editores.
- Bengoa, J. (1999). *Historia de un conflicto. El Estado y los Mapuche en el siglo XX*. Santiago: Planeta.
- Bengoa, J. (2000). *La emergencia indígena en América Latina*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Boccarda, G. (2004). Del Buen Gobierno en Territorio Mapuche. Notas acerca de una experiencia en salud complementaria. *Cuadernos de Antropología Social*, 20: 113-129.
- Boccarda, G. y Seguel Boccarda, I. (1999). Políticas Indígenas en Chile (siglos XIX y XX). De la asimilación al pluralismo (el caso Mapuche). *Revista de Indias*, LIX(217): 741-774.
- Burguete, A. (2008). Gobernar en la diversidad en tiempos de multiculturalismo en América Latina. En: *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. X. Leyva, A. Burguete y S. Speed, Coords. México: Ciesas, Flacso-Ecuador-Guatemala.
- Caniguan, N. (2015). *Trayectorias políticas. Historias de vida de alcaldes Mapuche*. Santiago: Ril editores.
- Clastres, P. (2001) [1980]. *Investigaciones en Antropología Política*. Barcelona: Gedisa.
- Conadi (2017). Apellidos Mapuche vinculados a títulos de merced. En www.conadi.cl. Accedido el 21 de marzo de 2014.
- CVHYNT (2008). Informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato con los Pueblos Indígenas. Gobierno de Chile, Santiago: Pehuén.
- Das, V. y Poole, D. (2008). El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas. *Cuadernos de Antropología Social*, 27: 19-52.
- Dehouve, D. (2001). *Ensayo de geopolítica indígena. Los municipios tlapanecos*. México: Ciesas-Miguel Ángel Porrúa.
- De La Maza, F. (2012). Construir el Estado en el espacio rural e indígena: un análisis desde la etnografía del Estado en la Araucanía, Chile. *RURIS - Revista do Centro de Estudos Rurais*, 6(2): 239-266.

- Delamaza, G. (2005). *Tan lejos tan cerca. Políticas públicas y sociedad civil en Chile*. Santiago: Lom.
- Foerster, R. y Vergara, J. (2000). Etnia y nación en la lucha por el reconocimiento. Los Mapuches en la sociedad chilena. *Estudios Atacameños*, 19: 11-42.
- Foerster, R. y Vergara, J. (2001). Algunas transformaciones de la política Mapuche en la década de los noventa. *Anales de la Universidad de Chile*, VI(13): 2-23.
- Flores, F. y Robles, C. (2007). La unidad y la diversidad: movilización política y demandas educacionales en el pueblo Mapuche. *ISEES: Inclusión Social y Equidad en la Educación Superior*, 2: 179-214.
- Garretón, M. (2008). Política y sociedad en Chile. Una mirada desde el bicentenario. En: *El Chile del Bicentenario*. M. Figueroa y M. Vicuña, Coords. Santiago: Universidad Diego Portales.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gundermann, H. (2007). Municipios y pueblos indígenas en Chile. En *Movimientos indígenas y gobiernos locales en América Latina*. W. Assies y H. Gundermann, Eds. San Pedro de Atacama: Universidad Católica del Norte e Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo IIAM.
- Hoffmann, O. y Rodríguez, M. (2007). Introducción. En: *Los retos de la diferencia. Los actores de la multiculturalidad entre México y Colombia* O. Hoffmann y M. Rodríguez, Eds. México: CIESAS, CEMCA, IRD, ICAHN.
- Iturralde, D. (1998). Movimientos indígenas y contiendas electorales (Ecuador y Bolivia). En: *Autonomías étnicas y Estados nacionales*. M. Bartolomé y A. Barabas, Coords. México: Instituto Nacional de Antropología en Historia.
- Marimán, J. (1990). Cuestión Mapuche, descentralización del Estado y autonomía regional. *Materiales de Discusión CEDM-LIWEN*, 1: 189-205.
- Marimán, P. y Aylwin, J. (2008). Las identidades territoriales Mapuche y el Estado Chileno: conflicto étnico en un contexto de globalización. En: *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. X. Leyva, A. Burguete, y S. Speed, Coords. México: Ciesas, Flacso-Ecuador-Guatemala.
- Naguil, V. (2013). Entre comunitarismo y nacionalismo: El caso Mapuche, 1990-2010. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 12(1): 39-69.
- Ospina, P. (2006). Movimiento indígena ecuatoriano, gobierno territorial local y desarrollo económico: los casos del Gobierno Municipal de Cotacachi y el Gobierno Provincial de Cotopaxi. En *En las fisuras del poder: Movimiento indígena, cambio social y gobiernos locales*. P. Ospina, Coord. Quito: Instituto de Estudios Ecuatorianos.
- Pairican, F. (2014). *Malón. La rebelión del movimiento Mapuche 1990-2013*. Santiago: Pehuén.
- Pinto, J. (2012). El conflicto Estado-Pueblo Mapuche, 1900-1960. *Universum*, 27(1): 167-189.
- Restrepo, E. (2001). Imaginando comunidad negra: etnografía de la etnización de las poblaciones negras del Pacífico Sur colombiano. En *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. M. Pardo, Ed. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).
- Rupailaf, R. (2002). Las organizaciones Mapuches y las políticas indigenistas del Estado chileno (1970-2000). *Revista de la Academia*, 7: 59-103.

- Roseberry, W. (2002). Hegemonía y lenguaje contencioso. En *Aspectos cotidianos de la formación del estado*. G. Joseph y D. Nugent, Comps. México: Era.
- Schavelzon, S. (2010). La antropología del estado, su lugar y algunas de sus problemáticas. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales, IX*: 73-96.
- Servel (2017). Elecciones municipales 1992-2012. En www.servel.cl. Accedido el 22 de agosto de 2014.
- Touraine, A. (1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- Vergara, J.; Gundermann, H. y Foerster, R. (2013). *Estado, conflicto étnico y cultura. Estudio sobre pueblos indígenas en Chile*. Antofagasta: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R.P. Gustavo Le Paige s.j. (QILLQA), Universidad Católica del Norte y Universidad de Antofagasta.

